

Sociedad de la información y políticas de juventud: riesgos y retos

GONZALO MONTIEL ROIG
UNIVERSITAT JAUME I, CASTELLÓ

Resumen

El presente texto tiene como objeto reflexionar sobre la influencia que la sociedad de la información y el desarrollo de la digitalización de las comunicaciones están provocando en la evolución de las políticas de juventud en la sociedad europea y española. En concreto, se analiza el peso que el uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación por parte de los jóvenes puede tener en el ajuste de las políticas de juventud, en su proceso de emancipación económica, y en su acceso a nuevas formas de participación y de implicación social.

Palabras clave: sociedad de la información, juventud, tecnologías de la comunicación, políticas públicas, medios de comunicación, participación social.

Abstract

This text aims to reflect on the influence the Information Society and the development of the digitization of communications are having on the evolution of youth policies in European and Spanish societies. In particular, the text examines the importance that New Information Technologies and Communication may have in adjusting youth policies, in their process of economic emancipation, and in their access to new social participation forms.

Key words: information society, youth, information technology, public policies, mass medium, social participation.

1. Introducción

La sociedad de la información describe una nueva coyuntura socioeconómica y un nuevo modelo de desarrollo postindustrial (Bernardo 2006: 256) en el que el acceso a la información y al conocimiento, gracias a un revolucionario desarrollo de las tecnologías de comunicación, a la digitali-

zación de las señales y al desarrollo de redes de intercambio de información, ha permitido la evolución del capitalismo hacia un nuevo estadio, un modelo de capitalismo avanzado también denominado capitalismo *informativo* (Castells, 1998: 44-45). En esencia, este nuevo capitalismo supera las limitaciones del modelo industrial, se asienta sobre el impulso del desarrollo de las tecnologías de la comunicación y ha dado lugar a una nueva globalización social, económica y cultural (Mattelart, 1998: 81). De la mano de ese desarrollo sin precedentes de las tecnologías y de las redes, la industria cultural y audiovisual (Bustamante, 2002a y 2003a) se ha convertido en una herramienta esencial de la expansión de la nueva cultura tecnológica y en el principal motor de su desarrollo y expansión. Esta coyuntura socioeconómica y cultural ha sido definida y referida con diferentes terminologías como Sociedad de la información (Mattelart, 2002), Sociedad del conocimiento (Wolton, 2000), Sociedad digital (Negroponte, 1995; Terceiro/Matías, 2001), Sociedad postindustrial (Touraine, 1969; Beck, 2000 y 2002), o simplemente nuevo capitalismo (Sennett, 2000 y 2006).

Esta transformación del modelo de sociedad capitalista, ligado a un nuevo estadio de la globalización económica y cultural (Bernardo, 2006: 261) y a la digitalización de los productos de las industrias culturales, influye de manera determinante en los modelos de organización social, en la manera en la que cada sociedad gestiona el tiempo y el espacio, su ocio y sus modos de socialización (Bauman, 2003a). Los jóvenes son especialmente sensibles a la implantación de nuevos modelos de relación y también a la implantación de nuevas tecnologías de la comunicación. La velocidad de las comunicaciones, la inmediatez de los mensajes, la innovación o la difusión de opciones de tiempo libre que hacen uso de la realidad virtual seducen en primer lugar a los jóvenes, convirtiéndose en sus principales propagadores. De hecho, los jóvenes son el objetivo prioritario de la difusión y captación de los nuevos consumidores e impulsores de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación —en adelante NTIC. Los jóvenes son también los que disponen de una mayor capacidad de aprendizaje y flexibilidad para adaptarse a las nuevas formas de socialización y de relaciones laborales que requiere este nuevo capitalismo (Carnoy, 2001; López Blasco/Walther, 2004). Por una parte, el joven se convierte en objeto de las campañas de introducción de nuevos productos, es el protagonista y la imagen sobre la que se proyectan y difunden la mayor parte de los productos de ocio; los jóvenes aparecen vinculados en la industria audiovisual, a lo «novedoso» y la imagen juvenil de los nuevos consumidores se convierte en un mensaje destinado a llamar la atención del conjunto de la sociedad sobre los productos tecnológicos

(Aguinaga/Comas, 1997). Pero, por otra, los jóvenes, en su proceso de emancipación, han de acoplarse a un nuevo modelo de incorporación al mercado laboral, una nueva realidad socioeconómica en la que las incertidumbres (Beck, 2000 y 2002) y la necesidad de flexibilidad y adaptación (Walther, 2004) sustituyen las certidumbres y las seguridades que les aportaban los modelos de emancipación y tránsito a la vida adulta en las sociedades industrializadas (Bois-Reymond/López Blasco, 2004; Casal, 1996 y 2000). La expansión del modelo social y económico que supone la sociedad de la información es vista con esperanza, pero también con escepticismo. Mientras que para algunos se trata de una puerta abierta a las utopías de la libertad y la democracia global, en la que Internet será el medio que permitirá la libertad en la comunicación y la transmisión de la información (Negroponte, 1995); para otros se trata del motor ideológico y económico del neoliberalismo y de la globalización económica y cultural cuyo objetivo es someter a las sociedades a los intereses del capitalismo y de las empresas transnacionales a través de la dominación de culturas y minoritarias resistentes (Reig, 2001).

2. Incertidumbres, individualismo y sociedad de la información

Una de las consecuencias de la sociedad de la información y de las nuevas formas de globalización se constata en la vulnerabilidad y el riesgo en los procesos de emancipación y de adaptación social de los jóvenes de las sociedades postindustriales. Ulrich Beck (2002), realiza una radiografía de la sociedad de principios del siglo XXI en la que la seguridad de la modernidad y del modelo *fordista* se ha desmoronado y ha sido sustituido por la duda y la inseguridad de la sociedad postindustrial. Beck describe la sociedad contemporánea sumergida en un período de transición similar al que permitió superar la sociedad agrícola y acceder a la sociedad industrial. En este nuevo contexto, la modernización está disolviendo la sociedad industrial y dando pie a un nuevo modelo social construido sobre las ruinas de la industrialización. El mito de la Modernidad, sobre el que se fundó la industrialización, comenzó a desestabilizarse en el momento en que se constató el progresivo alejamiento del esquematismo de los modos de organización y de acceso al mundo del trabajo. La liquidación del modelo de relaciones laborales de la sociedad industrial supone la ruptura con la estandarización y con la seguridad en la evolución vital y el desarrollo laboral de los jóvenes. Esta situación, y el concepto «riesgo» le sirve a Beck (2002: 19) para interpretar el nuevo es-

tatus en el que se desarrollan las relaciones entre ciudadanos y los modos de producción:

La tesis dice así: mientras en la sociedad industrial la «lógica» de la producción de riqueza domina a la «lógica» de la producción de riesgos, en la sociedad del riesgo se invierte esta relación. Las fuerzas productivas han perdido su inocencia en la reflexividad de los procesos de modernización. La ganancia de poder del «progreso» técnico-económico se ve eclipsada cada vez más por la producción de riesgos.

Beck dibuja una sociedad en la que la producción de la riqueza deja de conllevar bienestar, mientras se multiplican sistemáticamente los «riesgos» que implican el desarrollo económico. Los avances científicos y tecnológicos se convierten, en sí mismos, en una fuente de inseguridades y dudas: la misma tecnología que asume el liderazgo en la generación de riqueza y en la vertebración social es la productora de inestabilidades e inseguridades.

El impacto del desarrollo tecnológico y científico sobre el modelo de vida de las sociedades y sobre la transformación de la naturaleza ha estado presente y ha sido creciente a lo largo de toda la Modernidad. Sin embargo, la percepción de la sociedad por sus «riesgos» viene dada, en primer lugar, a partir de la conciencia de las verdaderas consecuencias de la relación y transformación de la naturaleza por parte de las sociedades modernas. La interrelación entre el ser humano y la naturaleza, entre la sociedad y el medio, produce inseguridades y riesgos que afectan también a las biografías y a la construcción de la identidad de los individuos, obliga a modificar los estilos de vida y afecta a la manera en la que nuestras sociedades se vertebran frente a nuevas amenazas y urgencias. En palabras de Ulrich Beck (2002: 95):

[...] en el umbral del siglo XXI, el proceso de modernización desencadenado no sólo ha sobrepasado la suposición de una naturaleza contrapuesta a la sociedad, sino que también ha desmoronado el sistema intrasocial de coordenadas propio de la sociedad industrial: su comprensión de la ciencia y de la técnica, los ejes entre los que se extienden la vida de las personas: la familia y el trabajo, el reparto y la separación de la política legitimada democráticamente y de la subpolítica (en relación a la economía, la técnica y la ciencia).

Para Beck, el principal rasgo de la instauración de esta «sociedad del riesgo» es la generalización de las actitudes individualistas en los ciudadanos y la profundización en la soledad del individuo frente a los intereses de la colectividad. Este proceso de individualización conlleva la disolución de la sociedad de clase como referente de la organización y la interpreta-

ción social. Implica la desarticulación del Estado del bienestar, el desequilibrio en la estabilidad de los modelos tradicionales de pareja y, en paralelo con esto, la recomposición del papel de la familia respecto del individuo, la redefinición de la unidad familiar y, sobre todo, la aparición de nuevas comunidades o grupos de relación socioculturales en los que los individuos, y sobre todo los jóvenes, buscan su identidad social (Beck, 2002: 164). Beck describe el proceso de individualización de la sociedad y, junto a ello, la aparición de comunidades «informales» de socialización de los individuos. Reconoce que los procesos de «individualización» (Beck, 2003) no son exclusivos de la modernidad ni de su actual evolución postindustrial. Ha habido diversos periodos en los que el antropocentrismo y la desestructuración social han marcado la evolución de las relaciones sociales. Sin embargo, la modernización avanzada, supone un cambio particular en las formas de dependencia social, en el modelo de cohesión social y en la pérdida de los referentes que aportan seguridad al individuo. En este sentido, Beck (2002: 167-168) describe el proceso de «individualización» que caracteriza la sociedad del riesgo vinculándolo al desarrollo de la sociedad de mercado y a la capacidad de transformación y de difusión de ideología que supone la expansión de las tecnologías de la comunicación y el acceso a los *mass media*:

Individualización significa dependencia del mercado en todos los aspectos de la vida. Las formas de existencia que se originan son el mercado de masas, que no le resulta consciente a cada cual, y el consumo de masas para viviendas globalmente proyectadas incluida la instalación, artículos de uso cotidiano, opiniones, costumbres, posicionamientos y estilos de vida que se difunden a través de los medios de masas. De este modo, las individualizaciones entregan a los hombres a una estandarización y administración ajena que los nichos de las subculturas familiar y estamental nunca conocieron.

La superación de estas pulsiones individualistas y de su influencia social la vincula Beck con la necesidad de afianzar la acción política (Beck, 2002: 237-239). El fortalecimiento de los espacios de decisión y de regulación democráticos es la alternativa al aislamiento individualista, a los riesgos sociales y a las incertidumbres provocadas por el desarrollo científico y tecnológico (Beck, 2002: 241). El sistema político se ve amenazado ante la posibilidad de verse desposeído de su «constitución democrática», y se ve obligado a asumir la responsabilidad de unas decisiones relativas al desarrollo tecnológico sobre el que no tiene capacidad de decisión, sobre el que apenas han influido y que sin embargo deben gestionar y a cuyos problemas y consecuencias deben dar respuestas (Beck, 2002: 241):

Por otra parte, las decisiones en economía y en ciencia presentan una carga real de contenido político de la cual los agentes no poseen ninguna clase de legitimación. Las decisiones que cambian la sociedad no se producen en ningún lugar expreso; se dan sin voz y de forma anónima. [...] Los políticos han de soportar que se les diga hacia dónde conduce una vía que no es consciente ni planificada, y se lo dicen precisamente quienes tampoco lo saben y cuyos intereses corresponden también a lo que es alcanzable. Se ven obligados, ante los electores, a dirigir el viaje hacia el lugar desconocido con el gesto aprendido de la confianza en el progreso, como si fuera su propio mérito, pero asimismo utilizando un único argumento, a saber, que precisamente ya de entrada no existe ninguna otra alternativa.

De esta forma, las políticas que afectan al desarrollo tecnológico se reducen a actuaciones paliativas o cosméticas que funcionan como soporte del proyecto tecnológico preestablecido y dominado por las decisiones del mercado.

En definitiva, el escenario final que nos propone Ulrich Beck está marcado por el final de la utopía del progreso sustentada en el desarrollo científico y técnico. Frente a la idea moderna de progreso, la revolución lenta y silenciosa liderada por los laboratorios científicos y la industrial tecnológica se ponen fuera del control político, se aleja del proyecto de la Modernidad y aumentan los riesgos.

3. Evolución de las políticas de juventud

El papel de las políticas de juventud en el contexto de la sociedad de la información y en este nuevo marco socioeconómico de la «sociedad del riesgo» debe ser analizado a la luz de su evolución en la sociedad europea. Como medida de redistribución de la riqueza y de intervención de las administraciones públicas en el proceso de emancipación juvenil, las políticas de juventud surgen en el contexto del Estado de bienestar. La aplicación de las políticas de juventud por parte de las administraciones públicas se ha ido adaptando con el paso de los años a la evolución de los nuevos contextos socioeconómicos y a las transformaciones de la sociedad occidental. Es indudable que, en la actualidad, esta evolución está marcada por el desarrollo de la sociedad de la información, el advenimiento del capitalismo postindustrial, la progresiva desarticulación del Estado de bienestar (Cucó, 2004; Castells 1998), y la degradación del proyecto de la Modernidad (Giddens, 1994; 1995a; 1995b). Para definir el papel que juegan esas políticas en la actualidad, deben tenerse en cuenta las crisis provocadas por el avance de los mecanismos de la globalización (Bauman, 1999) y los nuevos campos de desarrollo personal,

laboral y cultural que abre el acceso a las nuevas tecnologías de la comunicación.¹

El sociólogo Joaquim Casal (2002) ha realizado un análisis de la evolución de las políticas de juventud en España en los últimos decenios y ha relacionado cada una de las etapas con un estadio diferente de la coyuntura socioeconómica. Esta transformación de los contenidos y las estrategias de las políticas de juventud influye y se traslada a los debates actualmente abiertos sobre el papel de estas políticas. Para Joaquim Casal, las metodologías de análisis social de la juventud y los paradigmas de intervención, a pesar de estar revestidos de una intensa pátina de «elaboración científica», están estrechamente relacionados con las diferentes coyunturas socioeconómicas.

A partir de ahí, Joaquim Casal analiza la evolución de las políticas de juventud en paralelo con la historia del Estado del bienestar. Y distingue para ello cuatro fases en la evolución de este tipo de políticas, no tanto en función del tipo de acciones o de su modo de intervenir en la realidad, sino en función de los objetivos que se pretenden conseguir con el desarrollo de las políticas de juventud. Desde su punto de vista, en el trasfondo del desarrollo de las políticas de juventud, como en la crisis del Estado de bienestar, nos encontramos ante dos posiciones bien dispares, «[...] es decir, las disparidades entre un trasfondo de mercado o pensamiento único y una compensación positiva y cohesión social» (Casal, 2002: 40).

Las cuatro fases a las que se refiere Casal en la evolución histórica de las políticas de juventud son: una primera en la que el Estado no interviene propiamente con políticas de juventud delegando su papel en la Iglesia y las estructuras familiares tradicionales. Una segunda fase a partir del despegue de la sociedad industrial en la que la acción educativa y la participación política cobran sentido. Una tercera, que coincide con el

1. Es posible detectar síntomas de esta crisis en situaciones concretas como la transformación del modelo de acceso a la información, el cambio de relación de los jóvenes con las fuentes del conocimiento, lo que está obligando a redefinir el papel de las administraciones públicas en el acceso de los jóvenes a la información. En paralelo a ello, se constata que el proceso de globalización implica la paulatina pérdida de peso en los estados occidentales de este tipo de políticas. Otro síntoma de esta crisis es la desregulación y la implantación de un mercado laboral flexible y la incorporación a las sociedades europeas de grandes cantidades de jóvenes inmigrantes. La «flexibilidad» y la «libre competencia» se han aplicado tanto a aspectos económicos como a las diferentes fórmulas de relación laboral. A estas dos claves, se añade la necesidad de reinterpretar la identidad cultural de las sociedades occidentales como consecuencia de la inmigración y la progresiva construcción multiétnica y multicultural de las sociedades urbanas. En este marco socioeconómico, que se evidencia en el conjunto de Europa a lo largo de los años noventa, es en el que se produce la crisis del concepto y el modelo de las políticas de juventud y se pretende redefinirlas e reinterpretarlas.

de-sarrollo del keynesianismo y del Estado de bienestar, hace que se modifique sustancialmente este contexto y se produce un considerable avance en la regulación de aspectos relacionados de manera directa con los jóvenes. Por último, una última fase que coincide con la crisis del mercado de trabajo en los años sesenta y en la que se implementan las políticas de transición o emancipación hacia la vida adulta y las políticas territoriales.

Desde mediados de los años setenta, hasta la implantación de la moneda única, las políticas de juventud que se han impulsado desde la UE se han centrado en dos grandes ejes: las políticas centradas en afrontar los efectos de la crisis del mercado laboral y las que se centran en afrontar los desequilibrios territoriales.

En el caso concreto de España, la evolución de las políticas de juventud se produce con unas particulares condiciones de retraso y de falta de tradición respecto a la Unión Europea. A partir de mediados de los ochenta, es cuando comenzarán a ponerse en marcha y ello, fundamentalmente, a través del esfuerzo realizado por los municipios en el ámbito local.² Sin embargo, la ausencia de un programa de políticas de juventud vertebrado desde las administraciones centrales del estado y autonómicas hace que la aplicación de iniciativas haya quedado limitada a la voluntariedad de determinadas instituciones, que en ocasiones se centran en aspectos limitados de ocio y tiempo libre. Una consecuencia de esto será el progresivo aumento de la compartimentación de las políticas sociales y un aumento de la marginalidad de las políticas de juventud.

A partir de los años noventa, la incorporación de los jóvenes a las tecnologías de la información y la comunicación y su adaptación a la sociedad de la información se convertirá, progresivamente, en uno de los ejes principales del desarrollo de políticas integrales por parte de las administraciones y se requerirá para ello, no sólo de la implicación de las administraciones locales o de proximidad, sino también el desarrollo transversal de las políticas que afectan a los jóvenes en ámbitos de influencia más global como lo son las políticas de educación, de traba-

2. Como ya hemos dicho, Joaquim Casal describe la estrecha relación existente entre la evolución de las políticas de juventud y las instituciones municipales durante los años noventa. Los municipios han sido el motor y el espacio en el que se han impulsado los intentos más serios de desarrollo de verdaderas políticas integrales. Sin embargo, Casal destaca que en la actualidad estas administraciones de proximidad y sus políticas públicas también se han visto afectadas como consecuencia del desarrollo del capitalismo *informacional* y la globalización económica y cultural. A pesar de ello, Joaquim Casal aboga porque el ámbito municipal sea el marco en el que se definen los espacios de cercanía y de máximo contacto de la administración pública con los jóvenes.

jo, de vivienda, y también de acceso a los medios de comunicación de masas y a las NTIC.

4. Política de juventud: el papel de las administraciones públicas en la sociedad de la información

Sentadas estas bases, nos proponemos destacar en qué medida las políticas públicas de juventud que se impulsan y proponen desde la UE están marcadas por el reconocimiento de un alto grado de incertidumbre sobre la eficacia de las trayectorias biográficas de los jóvenes y por la pérdida de credibilidad de la acción pública en este ámbito³ en el contexto socioeconómico que se dibuja en la sociedad de la información. Nos encontramos en una situación de pérdida de protagonismo y de liderazgo por parte de las instituciones y las administraciones públicas en relación con el proceso de emancipación juvenil y, por tanto, en relación con los procesos de integración social, educativa y económica de los jóvenes (López Blasco/Walther, 2004). Las incertidumbres y la falta de confianza en los proyectos y políticas públicas de transición juvenil son consecuencia de la pérdida de control sobre importantes ámbitos de decisión por parte de las administraciones públicas que afectan a la configuración de aspectos esenciales de la sociedad. Un ejemplo de ello es la pérdida de control sobre el modelo de desarrollo tecnológico y sobre el papel social de la ciencia (Beck, 2002: 26). Esa capacidad de influencia social se ha trasladado al mercado que, desde planteamientos de liberalismos político y económico (Camps, 1996: 58), dirige las transformaciones que impone la sociedad de la información y colaboran en la anulación de las seguridades y certidumbres que habían caracterizado en la sociedad industrial el paso de la juventud a la madurez productiva y adulta (Bauman, 1999: 135-138).

Esta situación de transiciones inciertas y políticas de juventud ineficientes frente a la realidad es descrita y analizada por Manuela du Bois-Reymond y Andreu López Blasco (2004). Estos sociólogos introducen el concepto de transiciones tipo *yo-yo* para referirse a un fenómeno por el

3. La situación de incertidumbre tiene su origen en la imposibilidad de determinar mecanismos de intervención fiables en un contexto social marcado por el progresivo aumento de la flexibilidad y la informalidad en los modelos de incorporación de los jóvenes a la sociedad y en la dificultad de establecer procedimientos reglados y garantizados para la emancipación juvenil. Ello hace que las medidas que se implementan en cualquiera de los campos de intervención pública queden desfasadas o sean ineficaces.

cual las trayectorias previstas para el desarrollo vital de los jóvenes se convierten en «fallidas» y los individuos se ven obligados a reiniciar los procesos de transición juvenil, prolongando el periodo juvenil.⁴ Los autores destacan que las instituciones públicas no han sabido hasta ahora reaccionar adecuada o sistemáticamente a este fenómeno de «desestandarización» de las biografías y de los procesos de construcción de las identidades juveniles. En este sentido, critican que las políticas de juventud se refieran a la integración social de los jóvenes con relación exclusivamente a la integración en el mercado laboral y destacan que, en la actualidad, la integración en el mercado laboral no garantiza por sí misma la emancipación de los jóvenes sino que conlleva en muchas ocasiones precariedad laboral tras largos y erráticos procesos de formación. Bois-Reymond y López Blasco ponen en evidencia que la incertidumbre no está instalada sólo en los jóvenes o sus familias, sino también en la estructura administrativa y en las instituciones educativas y de inserción sociolaboral, que no terminan de dar respuestas claras y definitivas sobre los caminos para acceso a un trabajo digno.

La radical transformación hacia un contexto de incertidumbres en los modos de transición juvenil es relacionado por Bois-Reymond y López Blasco con el proceso de «construcción social» de la juventud. La línea de trabajo de este equipo de sociólogos asume como punto de partida que el modelo de juventud con el que se interviene desde las instituciones públicas es cambiante y que la flexibilidad e informalidad que impone el mercado laboral constituye una característica esencial de la situación actual, por lo que se hace difícil definir modelos claros de intervención o de emancipación social.

En este sentido, la Comisión Europea (2001: 9-10) desarrolló un trabajo de análisis y prospección de la realidad juvenil europea que desembocó en la publicación en el año 2001 del estudio *Libro Blanco. Un nuevo impulso para la juventud europea*. Las conclusiones de este estu-

4. Este alargamiento de la permanencia en la etapa definida como «joven» de la evolución biográfica termina generando un nuevo tipo de jóvenes definidos como los *jóvenes adultos*. Con este término se identifican aquellos jóvenes que, o bien se ven obligados a retomar un modelo de vida juvenil ante el fracaso de su trayectoria biográfica y ante la imposibilidad de asumir un modelo de vida adulta e independiente, o bien aquellos que deciden prolongar al máximo su período de estancia en el seno familiar asumiendo roles «juveniles» con el objeto de minimizar el riesgo y asegurar una transición a la madurez eficaz y exitosa. El artículo de Manuela du Bois-Reymond y Andreu López Blasco (Bois-Reymond/López Blasco, 2004) toma como base el proyecto de la red EGRIS bajo el título *Trayectorias Fallidas* financiado por la Unión Europea. El grupo EGRIS (*European Group for Integrated Research*) viene trabajando desde 1993 en el análisis de las transiciones cambiantes en los jóvenes europeos. En esta red han participado equipos de investigación de diversos países europeos.

dio indicaron un cambio de modelo sociojuvenil al que las instituciones públicas debían enfrentarse:

La juventud ha experimentado una gran evolución en sus características sociológicas, económicas y culturales, como consecuencia de los cambios demográficos, pero también de las modificaciones del entorno social, de los comportamientos individuales y colectivos, de las relaciones familiares y de las condiciones del mercado de trabajo. [...] Los modelos colectivos tradicionales pierden su pertinencia en favor de trayectorias personales cada vez más individualizadas. «El calendario familiar, matrimonial y profesional (de cada individuo) ya no se organiza según los modelos habituales». Esto tiene una especial repercusión en las políticas llevadas a cabo por las autoridades públicas.⁵

Esta pérdida de referencias claras para la definición del concepto de «joven» y la aparición de lo que el *Libro Blanco* de la Comisión Europea (2001) denomina como *juven adulto*, está en la base de la crisis del modelo de las políticas de juventud en Europa. La categoría de «joven» se ha disuelto convirtiéndose en un contenedor terminológico flexible y poco concreto y, sin embargo, el enfoque con el que las administraciones y las instituciones públicas diseñan sus políticas sigue partiendo de modelos estandarizados y generacionales de la juventud. Así, nos podemos encontrar ante jóvenes adultos de más de 30 años, con ingresos económicos fijos, con prácticas consumistas y de ocio claramente adultas, pero que siguen residiendo en el hogar familiar sin haber dado el paso a la autonomía; o podemos encontrarnos con jóvenes menores de 30 años, plenamente independizados, asumiendo la fuerte carga económica que supone la adquisición o alquiler de una vivienda propia en un gran ciudad y sin embargo con hábitos de consumo claramente «juveniles» y con necesidades de servicios y políticas de soporte social.

Este panorama de incertidumbres se traslada al estudio de los consumos culturales de la juventud y a las iniciativas o programas de las instituciones relacionados con la información y la comunicación y con el impulso de la

5. En esta misma línea se expresaba un amplio estudio realizado en Francia por el *Commissariat General du Plan* y en el que analizaba en profundidad la realidad juvenil francesa. La recopilación de información se realizó entre 1999 y 2000 y trataba de evaluar y buscar nuevas líneas de actuación para las políticas de juventud de este país. Del conjunto de los datos y opiniones recogidas en el estudio se desprendía la necesidad de replantear y poner en cuestión el concepto de juventud y de «joven» tal y como se venía aceptando hasta el momento. El informe pone en evidencia, un notable alargamiento excepcionalmente anormal de la etapa que socialmente es considerada como «juvenil» y, al mismo tiempo, una transformación de la noción de «joven» y de sus atributos. A partir de esta reflexión, se pueden rastrear los atributos sociales asignados a los jóvenes indistintamente en individuos jóvenes y adultos. Fruto de esta afirmación se deriva que son otros factores como la independencia económica, y la autonomía personal los que determinan, mucho más que la adscripción generacional, la condición de jóvenes en los individuos (Chavet, 2001: 34-37).

sociedad de la información. El desarrollo de programas y de iniciativas en esta dirección debe asumir un contexto difuso y confuso. Según Bois-Reymond y López Blasco, los jóvenes se ven en la necesidad de conciliar sus trayectorias fragmentarias y dubitativas y tratar de buscarles una lógica interna dentro de la propia biografía individual. Ante la desaparición de un modelo de «biografía estandarizada», los jóvenes, varones y mujeres, deben tomar decisiones para legitimar sus opciones sin contar con datos definitivos que les den seguridad absoluta de éxito. La consecuencia de ello es una evolución o transición dubitativa, por impulsos y llena de riesgos especialmente para aquellos que la realizan en el marco de un contexto de empleo precario o con una ausencia de canales de información privilegiada, de tipo formal o no formal. En este marco es en el que cobra sentido el concepto de «trayectorias fallidas» o «trayectorias no lineales (yo-yo)». Los jóvenes pasan a planificar su vida en un marco de riesgo permanente en el que no se vislumbra con facilidad un proyecto de estabilidad familiar y en el que la prolongación de la etapa de vinculación familiar se hace imprescindible para evitar el riesgo de no poder asumir un proyecto vital adulto en solitario.

Sin embargo, como ya hemos indicado, frente a esta situación, las políticas juveniles proponen un modelo de transición a partir de un modelo ficticio de «joven» que en realidad no dispone de referentes sociales claros y que son un intento, quizá, de mantener un modelo de transición que sirva de referencia ante el desconcierto (Bois-Reymond/López Blasco, 2004: 17):

Esta discrepancia entre las transiciones tipo yo-yo y las biografías normalizadas imaginadas por las instituciones de los sistemas de transición, lleva a lo que se ha conceptualizado y analizado en el ámbito de la red EGRIS como «trayectorias fallidas»: estructuras (políticas) que intentan y prometen llevar a los jóvenes a la integración social a través de la orientación, la educación, la formación, y las políticas de bienestar y mercado laboral, pero de hecho reproducen o refuerzan los riesgos de exclusión social que sufre este colectivo.

El trabajo de Bois-Reymond y López Blasco reúne una serie de conclusiones a modo de proyecciones o sugerencias sobre la acción de las políticas de juventud en este escenario de incertidumbres. La principal de ellas es la necesidad de intervenir de manera integral, teniendo en cuenta la interrelación de diversas dimensiones de la vida social y cultural del joven en la consecución del éxito en su integración y tránsito a la madurez. En concreto, destacan los autores (2004: 24) que:

... es necesario dirigir la atención no sólo a las necesidades del mercado laboral sino también a las motivaciones y experiencias individuales de los jóvenes.

Esta apuesta por lo que denominan «políticas integradas de transición» supone por parte de Bois-Reymond y López Blasco hacer hincapié en la importancia de tener en cuenta aspectos no estrictamente vinculados al mercado laboral para garantizar y facilitar la transición y la autonomía económica y vital de los jóvenes. En definitiva, en el actual contexto, los factores periféricos, socioculturales y no formales cobran una importancia mayor para la consecución del proceso de emancipación.

De hecho, frente a las «biografías normales», en el marco de estas transiciones tipo *yo-yo*, es imprescindible la «biografización»,⁶ es decir, la capacidad de los individuos por asumir la toma de decisiones sobre cómo dirigir su vida ante la diversidad e incertidumbre del contexto (Bois-Reymond/López Blasco, 2004: 24):

La *biografización* es esencial en las transiciones tipo *yo-yo* de los jóvenes contemporáneos, pues la biografía «normal» se ve erosionada bajo la presión de la modernización. Dado que los jóvenes son cada vez más responsables de las decisiones que toman, uno de los primeros objetivos deber ser capacitarlos para adquirir tal responsabilidad.

En este proceso de *biografización*, como lo denominan Bois-Reymond y López Blasco, tiene un papel fundamental la participación de los jóvenes, es decir, el grado en el que los jóvenes se implican en los procesos sociales y culturales del estado. De hecho, Bois-Reymond y López Blasco destacan que la participación es uno de los mecanismos básicos para combatir desde las políticas de juventud contra la exclusión social. En esta misma línea, el *Libro Blanco de la Comisión Europea* destaca el principio de la participación como uno de los más importantes y destacados en el diseño de las políticas de juventud europeas. Sin embargo, el objetivo de la participación juvenil ha de interpretarse de una manera más compleja y abierta e insertarse en todos y cada uno de los ámbitos de la intervención pública sobre la juventud. En concreto, Bois-Reymond y López Blasco se refieren a la necesidad de introducir parámetros participativos y transversales en ámbitos esenciales en el proceso evolutivo de los jóvenes, en concreto en el proceso de aprendizaje y formación. Bois-Reymond y López Blasco destacan cinco tendencias que sería necesario potenciar en el diseño de las políticas de juventud europeas:

6. Para Joaquim Casal el reconocimiento del necesario proceso de «biografización» implica reconocer la dimensión estructural e institucional de la juventud; la juventud es parte de los ciclos vitales del ser humano, pero también es el producto de una construcción social e institucional. Esta tercera vía es con la que Casal se identifica y la que debe ser adoptada a la hora de analizar los procesos sociales de transición a la vida adulta: «...los actores sociales (adultos y jóvenes) piensan en el hecho juvenil como tramo especial e importante de historias personales: no se piensa tanto la juventud en un sentido esencialista y cosificado, sino más como secuencia o tramo de itinerario de las biografías de las personas» (Casal, 2002: 38).

- Pasar del aprendizaje obligatorio al voluntario: introduciendo el aprendizaje no formal como parte del proceso y del *currículo* de los jóvenes
- Pasar de las motivaciones extrínsecas a las intrínsecas, potenciando la conciencia por parte de los individuos de que en la sociedad de la información el aprendizaje es continuo y permanente y debe constituir un hábito y un impulso propio y no impuesto.
- Romper con el concepto de que el aprendizaje termina con la infancia y la juventud, recomponer el concepto de trayectoria vital tomando parte activa en las decisiones formativas y de aprendizaje.
- Integrar en el proceso de aprendizaje tanto el trabajo como el ocio, borrando los límites entre el desarrollo del tiempo libre y el desarrollo social y cultural y vinculándolo al proceso de aprendizaje. Intentar que el individuo se haga cargo de sus propias condiciones de trabajo y aprendizaje.
- Integración de la educación profesional y la educación general, tratando de dotar a los individuos no sólo de conocimientos y habilidades, sino también de capacidades y cualidades para su desarrollo personal.

En definitiva, Bois-Reymond y López Blasco describen la realidad socioeconómica de la globalización y tratan de articular un nuevo modelo de políticas de juventud que se adapte al nuevo escenario. En este sentido, asumen la existencia de una sociedad marcada por el «riesgo» y la inestabilidad biográfica y encuentran en un modelo más participativo y autogestionado de la transición y la formación juvenil una alternativa a esta situación. En otras palabras, el aumento de la participación y el compromiso social implica aumentar el grado de autogestión de las biografías por parte de los jóvenes. Se define un nuevo contexto en el que los jóvenes pierden las referencias de estabilidad que les otorgaba el Estado de bienestar, que son sustituidas por un modelo más autónomo, más individual y más liberal de construcción de los itinerarios hacia la emancipación.

En esta misma dirección, Andreas Walther (2004) concluye que se produce una creciente diferencia entre las políticas dirigidas por los estados a combatir la exclusión social en el mundo laboral y las expectativas vitales de los jóvenes. En este sentido, Walther explica que la integración laboral de los jóvenes es un aspecto central del proceso de transición vital: si el joven desea ser reconocido como individuo, con unas necesidades y deseos particulares, requiere de una biografía propia que se construya a partir de la autonomía y del acceso al mundo del trabajo. Las garantías laborales que vinculaban formación y mundo laboral se diluyen, con lo que

la separación entre mundo educativo y mundo laboral se hace más profunda y las propuestas y alternativas que ofrece el estado a través de servicios o propuestas de trayectoria no resultan satisfactorias.⁷ Ante esa situación, los jóvenes terminan recurriendo a trayectorias formativas y desarrollos laborales informales, en definitiva, recurren a proyectos vitales informales con los que acceden a relaciones y recursos no reglados que terminan siendo los mecanismos más eficaces para obtener resultados positivos. De esta forma, se presenta el esfuerzo y las decisiones individuales como la vía más segura de acceder a una trayectoria biográfica que garantice la emancipación socioeconómica. Por contra, las «rutas» o trayectorias educativas y biográficas institucionales se convierten en referencias fallidas con escasas salidas. En definitiva, Walther afirma que las políticas de juventud se convierten en «políticas trampa» que no responden a las expectativas. Frente a ello, propone la necesidad de una progresiva «desgubernamentalización» de la responsabilidad sobre las trayectorias de los jóvenes, dado que el Estado carece de capacidad para dotar a los jóvenes de trayectorias fiables. Paradójicamente, delegar la responsabilidad de las decisiones en los individuos y tratar de hacerlos más autónomos ante los riesgos supone el reconocimiento de la impotencia de las instituciones públicas para controlar las fases de la construcción de la identidad del juvenil. En definitiva, lo que propone A. Walther es que las administraciones públicas asuman la responsabilidad de diseñar políticas que traten de dotar a los jóvenes de habilidades para la toma de decisiones sobre sus biografías, aumentando su motivación y tratando de que adopten un papel más activo en la búsqueda de recursos «informales» y para dotar de legitimidad a los órganos de participación.⁸

7. Ulrich Beck propone como alternativa aprovechar el escenario que el neoliberalismo ha puesto en el teatro del mercado laboral forzando el sistema y aprovechando las condiciones que el propio sistema aporta para subvertirlo, o como mínimo, para gestionar otra postura ideológica ante lo inevitable. En su ensayo *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era global* (Beck, 2000), el sociólogo alemán reconoce que la actual situación del mercado laboral es un triunfo del neoliberalismo. De ese mercado, los jóvenes son los más afectados por un marco de relaciones donde los «diplomas ya no sirven» y donde el desmoronamiento del Estado de bienestar y la desconfiguración de las solidaridades democráticas es un hecho. Ante esta situación, una de sus propuestas pasa por potenciar la democracia y la participación social de los individuos (Beck, 2000: 153-154).

8. A. Walther se refiere como «recursos informales» a los procesos de autoayuda y de desregularización general de los servicios sociales y de los procesos socioculturales; unos procesos que tratan de reconstruir el sentido de la participación y la democracia: «Si las políticas tienen una mayor probabilidad de generar efectos colaterales que de alcanzar las metas planteadas, se responsabiliza a los individuos de las decisiones que toman –incluso en condiciones de alternativas restringidas–, la legitimidad democrática de las instituciones precisa una participación activa máxima de los individuos y agentes implicados: en términos de ser reconocido/a como el autor o la autora de su propia biografía. Parece como si el proceso de institucionalización de la vida individual hubiera llegado demasiado lejos. Dar un paso atrás implica la reapertura de espacios para una comunicación directa y

5. Política de juventud y sociedad de la información: brechas digitales y sociales

La progresiva imposición de la idea de que las decisiones individuales y las capacidades personales han de funcionar como eje central del desarrollo de las políticas de juventud se ajustan a la descripción de una sociedad de riesgos en la que las diferencias sociales o las brechas tecnológicas se producen al margen de los conflictos económicos en el sistema de distribución de las oportunidades y de los recursos (Comisión Europea, 2001; Walther, 2004; Bois-Reymond y López Blasco, 2004). Con ello, se traslada la idea de que las tensiones propias del análisis materialista y de la lucha de clases han sido superadas e, implícitamente, se puede llegar a asumir que han desaparecido las diferencias y las brechas entre los jóvenes por razón de su procedencia social. Pero de hecho, las diferencias entre grupos sociales, las distancias culturales y económicas entre los jóvenes siguen vigentes y la capacidad de éxito en la transición o la emancipación en el contexto de sociedad de riesgo que definen Beck (2002 y 2000) y Giddens (2000) sigue dependiendo en buena medida de ello.

Precisamente, la clave que conforma las aportaciones de Andy Furlong y Fred Cartmel (1997 y 2001) es el hecho de que la indeterminación del modelo de transición y el riesgo en la emancipación laboral siguen desequilibradamente repartidos a favor de los jóvenes con más recursos económicos y en mejor situación social. Desde su punto de vista, la pervivencia de las diferencias de clases se encuentra enmascarada social e institucionalmente. Las consecuencias de supervivencia se explican mediante la descripción de un entorno social de riesgos y de obstáculos al proceso de emancipación de los jóvenes. La vulnerabilidad económica es descrita como una situación generalizada que afecta por igual al conjunto de los colectivos juveniles. La planificación de las políticas de juventud en torno a la perspectiva de la «nueva condición juvenil» y a la presencia de un enfoque más «afirmativo» (Diputació de Barcelona, 1999; Casanova y otros, 2002) y menos crítico en las acciones de los planes de juventud facilitan el alargamiento de la etapa de transición a la madurez en los países desarrolla-

simétrica, en la que los jóvenes y los agentes institucionales comunican sus propios puntos de vista y sus intereses en lugar de tener que confiar en los objetivos políticos, en los indicadores de desventaja social y en las reglas burocráticas de acceso a las diversas prestaciones. [...] Los sistemas de transición actuales conllevan riesgos para los jóvenes implicados, pero no es legítimo domesticar a los actores de tales transiciones cuando las estructuras son demasiado salvajes; sobre todo si la domesticación de las estrategias implica la humillación de los protegidos. Las instituciones deben asumir su parte del riesgo, aceptando resultados abiertos y estimulando (que no obligando) a los jóvenes a ser responsables de sí mismos» (Walther, 2004:149).

dos y permite el acceso de los jóvenes a nuevas experiencias que ajustan y modifican la experiencia de «ser joven», pero no consiguen igualar las oportunidades y las posibilidades de emancipación de los jóvenes, ni eliminar las distancias entre grupos y clases sociales.⁹

Para Furlong y Cartmel el avance de las actitudes individualistas¹⁰ en la sociedad contemporánea determina en gran medida la dimensión de los cambios socioculturales que afectan a la realidad de los jóvenes. En ese sentido, el análisis de la realidad juvenil debe tener en cuenta, según Furlong y Cartmel, las transformaciones de la sociedad contemporánea:

1. En primer lugar, detectan un cambio en el concepto de «modernidad» (Bauman, 2003a). Frente a una modernidad que implicaba el desarrollo de una organización colectiva y solidaria de la sociedad, se detecta un esfuerzo por vertebrar la sociedad, desde el individualismo y la disolución de algunas de las estructuras sociales ligadas al Estado de bienestar. Furlong y Cartmel se desmarcan de la ruptura postmoderna que define estos cambios en el contexto de la decadencia de la modernidad y abogan por entender que nos encontramos ante una *modernidad de individuos*.
2. En segundo lugar, identifican un proceso en el que el sujeto se construye sobre las bases de modelos de identidad sociocultural que sustituyen a las clases sociales y que tienen como característica que pueden ser construidos por el propio individuo a partir de los elementos que asimilan en sus relaciones sociales y culturales.

9. En cierta medida, Furlong y Cartmel reconocen que, en la sociedad contemporánea, se produce cierto grado de homogeneización fruto de la sensación de igualación de aspiraciones o de modelos de identificación social y cultural que promueven los medios de comunicación y las industrias culturales: «No obstant això, a conseqüència de la fragmentació de les estructures socials, les identitats col·lectives han esdevingut més fràgils. En aquest context, estem en condicions d'afirmar que els processos de diversificació poden ocultar vincles de classe subjacents i fer la impressió que existeixen una igualtat i una individualització creixent que, de fet, no motiven cap canvi substancial: aquest és el procés que hem anomenat fal·lacia epistemològica de la modernitat avançada» (Furlong/Cartmel, 2001: 7).

10. El proceso de individualización de la sociedad contemporánea caracteriza la crisis de la Modernidad (Beck, 2000: 24; Beck/Beck-Gernsheim, 2003) y determina una de las claves del deterioro de la vida pública (Camps, 1996). Zygmunt Bauman ha centrado parte de su análisis de la crisis de la idea de Modernidad analizando la evolución y adaptación de la idea de comunidad. La disolución del concepto moderno de «comunidad» es producto de la disolución de los compromisos sociales que vinculan a los individuos los intereses del conjunto de la sociedad (Bauman, 2003b). En este sentido, Bauman define este individualismo como un proceso de por el que los ciudadanos liquidan sus relaciones con la comunidad y proceden a una huida. La modernidad líquida a la que se refiere Bauman, las identidades son cambiantes y los referentes identitarios y comunitarios cambiantes e inestables. Esa indefinición comporta un refuerzo del individualismo, del alejamiento de los compromisos comunitarios (2005b: 64).

3. En tercer lugar, por último y en coincidencia con las reflexiones de U. Beck (2002), los jóvenes viven un contexto lleno de riesgos y de indeterminaciones, un contexto en el que ha desaparecido la estabilidad en las trayectorias vitales de generaciones anteriores. Aplicando una metáfora, se podría decir que los jóvenes de los años sesenta y setenta tenían a su disposición tomar el «tren» de la vida, mientras que en la actualidad vivimos en una sociedad sin red de ferrocarriles y en la que conducir por las carreteras conlleva recorrer caminos llenos de incertidumbres (Furlong/Cartmel, 2001: 20). Este contexto de transiciones juveniles predeterminadas y seguras es visto por Furlong y Cartmel como un «paraíso perdido» al que se remiten los sociólogos y las políticas de juventud como contraposición a un presente complejo e imprevisible (2001: 22).

Frente al concepto de sociedad de clases que definía la sociedad del siglo pasado, la nueva sociedad de la información se define como una sociedad donde los jóvenes tienen oportunidades más amplias de transición, aunque no homogéneas, una sociedad marcada por una ilusión de «igualitarismo» que se difunde a través de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías y que, evidentemente, no se corresponde exactamente con la realidad. En resumen, esta aparente «democratización» de los mensajes no necesariamente va acompañada de una «democracia de las oportunidades».

Por otra parte, Furlong y Cartmel critican también las consecuencias de esta progresiva individualización de las trayectorias vitales juveniles y la traslación de esta perspectiva a las políticas de juventud europeas. Los autores concluyen que las perspectivas de los jóvenes giran en torno a una falacia construida precisamente sobre esa situación de incertidumbre y de supuesta desaparición de la sociedad de clases. En el contexto social de la «modernidad avanzada» (Giddens, 1995a; 1995b; 2000), desde la perspectiva de Furlong y Cartmel se extiende la falacia de que los problemas que sufren los jóvenes en sus erráticas trayectorias son fruto de sus aciertos o sus fracasos personales y no de las consecuencias de un determinado entorno social o cultural o de la dejación en la labor de intervención social del Estado.¹¹

11. En palabras de los propios autores: «Els individus es veuen obligats a vèncer una sèrie de riscos que afecten tots els aspectes de la vida diària, però la intensificació de l'individualisme fa que les crisis es percebin com a fracassos individuals més que com el resultat d'uns processos que s'escapen del control dels individus. A la vista de tot això, podem arribar a la conclusió que alguns dels problemes als quals s'encaren els joves en el món modern parteixen d'un intent de superar les dificultats des d'una perspectiva individual» (Furlong/Cartmel, 2001: 20).

La incertidumbre que provocan estas trayectorias erráticas y la inseguridad sobre el futuro biográfico se ha convertido en un elemento clave para comprender la manera en la que los jóvenes asumen la transición a la vida adulta o el proceso de emancipación familiar. La situación de inseguridad o de «riesgo» se traslada a las decisiones de los jóvenes y afecta, social y culturalmente, a la manera en la que los jóvenes perciben su inserción en la realidad adulta. Los datos que revela el último informe sociológico encargado por el INJUVE (2004), *Juventud en España 2004*, sobre la situación, valores y percepciones de los jóvenes españoles no parecen reflejar a simple vista la influencia directa de esta situación de «riesgo» en las percepciones de los jóvenes. Los jóvenes no parecen ser conscientes de estar viviendo un momento de cambio y riesgo, simplemente se adaptan de manera práctica a la situación y también a los cauces de participación y de desarrollo personal que se le ofrecen (López Blasco, 2004: 88).

En este marco de incertidumbres, los jóvenes pierden de referencia la perspectiva colectiva de los problemas relacionados con la transición social y tampoco perciben como estructural la diferencia de oportunidades y de recursos para acceder a la autonomía. Frente a ello, los *mass media* y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación se convierten en una alternativa, en una máquina de respuestas a las preguntas de los jóvenes, en un vehículo para transmitir cohesión y homogeneidad a todos los jóvenes en sus deseos y expectativas, pero también en una fuente de posibilidades para realizar estos deseos, aunque sea mediante los mecanismos de «virtualidad real» (Castells, 1998: 362). Los medios de comunicación y las nuevas tecnologías son también el espacio de vertebración de los jóvenes como colectivo; los jóvenes se socializan en torno a la ilusión de comunidades sociales virtuales que acompañan a los jóvenes en sus particulares aislamientos y tiempos de espera. Mientras, las instituciones del estado y los caminos teóricamente marcados como «óptimos», pierden credibilidad y aumentan la sensación de que el joven está solo ante un contexto incierto (López, 1994; Ito, 2003 y 2005).

6. Participación y socialización juvenil en la sociedad digital

En el modelo de intervención social que define las actuales políticas de juventud en Europa y en España, el proceso de emancipación del joven tiene como uno de sus puntales esenciales la incorporación de los jóvenes a los procesos de participación políticos y socioculturales. En este sentido, desde que en los años ochenta se impulsaron los primeros planes inte-

grales de juventud, como reflejo de las políticas públicas de juventud, el desarrollo participativo y la educación democrática de los jóvenes han formado parte del núcleo central de estas iniciativas. El impulso de los Consejos de la juventud, como instituciones de representación de los jóvenes, el impulso del asociacionismo juvenil en todas sus versiones, cultural, deportivo, solidario, etc. y, en la última década, el impulso del voluntariado altruista ligado al tercer sector y a las organizaciones de voluntariado juvenil forman parte de los objetivos y de las acciones relacionados con el ámbito de la participación juvenil en el espacio público.

El desarrollo de la sociedad de la información, que conlleva un replanteamiento y una reeducación de los modos de interacción social, abre numerosas opciones para la participación social y democrática. El impulso de la sociedad digital participativa es una de las ofertas y de las promesas con las que se envuelve la digitalización de las comunicaciones.

En este sentido, la incorporación de un modelo de democracia digital en el marco de la sociedad de la información es uno de los retos y los debates de las políticas públicas. La articulación de políticas públicas de juventud que traten de impulsar modelos de participación juvenil forma parte de las estrategias de las administraciones públicas en relación con la emancipación de los jóvenes como ciudadanos. Se pretende acelerar su formación y su preparación para asumir compromisos sociales y políticos. Este aspecto de las políticas públicas no puede desvincularse de la reflexión sobre el modelo de sociedad de la información que se desarrolla o del prototipo de identidad de ciudadano virtual que se traslada en esas mismas políticas.

El desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ha servido como justificación para impulsar la participación democrática (Canals, 2003) a partir de diferentes formas y propuestas de democracia participativa digital.¹² Sin embargo, las acciones impulsadas hasta ahora por las administraciones públicas han centrado el desarrollo de la «participación digital» en iniciativas superficiales, formales o que, en algunos casos, tan sólo pretenden reducir costos de gestión administrativa. La necesidad de transmitir «universalidad» en el proceso de confección de las políticas públicas de juventud tiene una trampa todavía mayor. Se da por hecho que existe un acceso real y factible del conjunto de los jóvenes a los espacios de debate *on line*, es decir, se da por hecho que la accesibi-

12. Isidre Canals (2003) define democracia participativa digital en un interesante trabajo de investigación desarrollado con el apoyo de la Fundación Catalunya segle XXI, y al que nos referiremos en varias ocasiones en este subapartado, de la siguiente forma: «S'entén correntment per democràcia digital (o democràcia electrònica) el resultat de la integració conscient d'Internet (i les TIC) en els processos democràtics i, per extensió, en els processos del debat i l'acció política» (2003: 71).

lidad –física y económica– de un servicio como Internet es absoluto y universal. Esa doble falacia, la de que todo el universo juvenil de un territorio puede aportar y evaluar las políticas públicas que le afectan, y la de que todos los jóvenes tienen acceso a las TIC en igualdad de condiciones, convierte el proceso de participación en muchos casos en «tramposo» y supone evidenciar la falta de liderazgo de las administraciones públicas en la consecución de una democracia participativa digital real o, al menos, las limitaciones de ese proyecto (Bauman, 1999: 72-73).

Frente a todo ello, dos deberían ser las palabras clave que articulan el desarrollo de la democracia participativa real, y que deberían estar reflejadas en las políticas públicas de juventud: información y deliberación (Canals, 2003; Wilhelm, 2000). Y, para que la información sea efectiva y haga posible la democracia digital, A. G. Wilhelm (2000) propone que se han de dar unas condicionantes básicas. En primer lugar, se ha de poner a disposición de los ciudadanos toda la información relevante y fiable que sea necesaria para elaborar criterios y aportar ideas y propuestas. La información de que se dispone en los sitios Web destinados a la elaboración de los planes de juventud suele limitarse generalmente a reproducir los estudios sociológicos más recientes, pero se obvia, por ejemplo, tanto en los estudios estadísticos como en el conjunto de la información puesta a disposición, las memorias económicas o presupuestarias relativas a las materias objeto de análisis.¹³ En segundo lugar, para que los debates y las aportaciones en un foro de Internet sea realmente «deliberativo», los participantes han de ser responsables de sus opiniones, que no deben ser anónimas, y que deben estar sujetas a un proceso de diálogo y debate con interlocutores capaces de dar respuestas y opiniones alternativas; debe haber moderadores y gestores de estos procesos que visualicen y se identifiquen frente a los participantes; y, por último, la administración que gestiona al foro ha de aportar información complementaria que retroalimente el debate y que dé respuestas y recursos a los debates planteados.

Conclusión

He querido poner en relación a lo largo de este texto la conexión existente entre el desarrollo de la sociedad de la información, la evolución de

13. Si bien es cierto que los presupuestos son públicos, resulta lógico pensar que el tiempo y el esfuerzo necesario para recopilar esta información está fuera del alcance de la mayoría de los jóvenes y de los ciudadanos que pretendan acceder y participar *on line*.

las políticas públicas de juventud y el papel que se asigna a las NTIC en la implantación y activación de nuevos modelos de participación juvenil. Como en cualquier proceso que sustente una propuesta alternativa de democracia participativa, ésta no es fruto de aligerar los procesos y los esfuerzos administrativos o de los gestores públicos. Más bien al contrario, supone un esfuerzo añadido para garantizar la transparencia y la eficacia democrática del proceso. La falta de diligencia o de recursos para generar dinámicas participativas no puede ser considerada como un simple retraso, ni disculpada por la efectividad de las acciones tomadas. En última instancia, tras la dejación de responsabilidad de las administraciones en el impulso de medidas de participación democrática sólo se puede interpretar la voluntad de intensificar la democracia formal y evitar la fiscalización y el ejercicio democrático de los ciudadanos. El hecho de que, en las políticas de juventud actuales, la democracia participativa digital esté en un segundo o tercer plano y que los mecanismos de participación *on line* se desarrollen de manera pobre, cuando no inexistente, sólo es una prueba más del déficit en el desarrollo de la sociedad de la información en el impulso de un modelo de ciudadano *digital* y, como consecuencia, la delegación del compromiso de modernización en los intereses de la industria tecnológica, de la maquinaria de consumo y del mercado. En definitiva, la debilidad de esta vertiente del compromiso de las administraciones públicas con las políticas de juventud es una dejación que conlleva consecuencias evidentes y directas en la definición del papel de los jóvenes en la sociedad de la información.

Bibliografía

- AGUINAGA, J. Y D. COMAS (1997): *Cambios de hábitos en el uso del tiempo. Trayectorias temporales de los jóvenes españoles*, Madrid, INJUVE.
- BAUMAN, Z. (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*, México, FCE.
- (2003 a): *La modernidad líquida*, México, FCE.
- (2003 b): *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI.
- (2005 b): *Identidad*, Madrid, Losada.
- (2006): *Vida líquida*, Barcelona, Paidós.
- BECK, U. (2000): *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós.
- (2002): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona: Paidós.

- BECK, U. y E. BECK-GERNSHEIM (2003): *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós.
- BERNARDO, J. M. (2006): *El sistema de la comunicación mediática. De la comunicación interpersonal a la comunicación global*, València, Tirant lo Blanch.
- BOIS-REYMOND, M. DU/LÓPEZ BLACO, A. (2004): «Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: hacia las Políticas Integradas de Transición para los jóvenes europeos», en LÓPEZ BLASCO, A. / A. WALTHER (coord.) (2004): *Revista de estudios de juventud: Políticas de Juventud en Europa. Un contexto de flexibilidad e incertidumbre*, nº 65, junio de 2004, Madrid, INJUVE, 11-29.
- BUSTAMANTE, E. (coord.) (2002 a): *Comunicación y cultura en la era digital. Industrias, mercados y diversidad en España*, Barcelona, Gedisa.
- (coord.) (2003 a): *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales en la era digital*, Gedisa, Barcelona.
- CAMPS, V. (1996): *El malestar en la vida pública*, Barcelona, Grijalbo.
- CANALS, I. (2003): «Qüestions obertes per la democràcia participativa digital» en CANALS, I. Y J. LL. MARTÍ (coords.) (2003): *L'àgora digital. Internet al servei de la participació democràtica*, Barcelona, Fundació Catalunya segle XXI, 69-87.
- CARNOY, M. (2001): *El trabajo flexible en la era de la información*, Madrid, Alianza Editorial.
- CASAL, J. (1996): «Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración» en *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, ISSN 0210-5233, nº 75, 1996 (ejemplar dedicado a: *Desigualdad y Clases Sociales*), 295-318.
- (2000): «Capitalismo informacional, trayectorias sociales de los jóvenes y políticas sobre juventud» en CHACÓN, L. (dir.): *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas*, Madrid, Instituto de la Juventud.
- (2002): «TVA y políticas públicas sobre juventud», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 59/2002, 35-49.
- CASANOVAS I BERDAGUER, J., J. COLL I AMARGÓS Y P. MONTES I SALA (2002): «Razones y tópicos de las políticas de juventud. Qué quieren ser las políticas afirmativas», *Revista de Estudios de Juventud*, nº 59/2002, 21-33.
- CASTELLS, M. (1998): *La era de la información. Economía sociedad y cultura. Vol. 1 La sociedad red*, Madrid, Alianza.
- COMISIÓN EUROPEA (2001): Libro Blanco de la Comisión, de 21 de noviembre de 2001, sobre un nuevo impulso para la juventud europea [COM

- (2001) 681 final]. [Consulta *on line*, 10 de abril de 2006]. Direcció URL: <http://europa.eu/scadplus/leg/es/cha/c11055.htm>.
- CUCÓ GINER, J. (2004): *Antropología urbana*, Barcelona, Ariel.
- CHAVET, D. (2001): *Jeunesse, le devoir d'avenir*, Commissariat Général du Plan, La Documentation française. [Consultado *on line* el 25-2-2005]. Direcció URL: <http://www.ladocumentationfrancaise.fr/brp/notices/014000282.shtm>
- DIPUTACIÓ DE BARCELONA (1999): «Las políticas afirmativas de juventud: una propuesta para la nueva condición juvenil», (documento final del congreso), en *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Actas del congreso celebrado en Barcelona en noviembre de 1998*, Barcelona, Diputació de Barcelona, Oficina del Pla Jove.
- FURLONG, A. / F. CARTMEL (1997): *Young people and social change. Individualization and risk in late modernity*, Buckingham, Open University Press.
- FURLONG, A. / F. CARTMEL (2001): *Els contextos canviants de la joventut*, Col·lecció Aportacions, nº 14, Barcelona: Secretaria de la Joventut.
- GIDDENS, A. (1994): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Universidad.
- (1995 a): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Edic. Península.
- (1995 b): *Transformación de la intimidad*, Madrid, Cátedra.
- INJUVE (2004): *Juventud en España 2004*. [Consulta *on line* el 12 de febrero de 2005]. Direcció URL: <http://www.mtas.es/injuve>.
- ITO, M. / OKABE, D. (2003): «Mobile Phones, Japanese Youth, and the Re-Placement of Social Contact», en RICH LING y PER PEDERSEN (eds.) (2003). *Mobile Communications: Re-negotiation of the Social Sphere*, Grimstad, Norway. [Consulta *on line*, 6 de julio de 2005]. Direcció URL: <http://www.itofisher.com/mito/archives/mobileyouth.pdf>.
- ITO, M. / OKABE, D. (2005): «Technosocial Situations: Emergent Structurings of Mobile Email Use», en ITO, M., M. MATSUDA Y D. OKABE (eds.) (2005): *Personal, Portable Intimate: Mobile Phones in Japanese Life*. MIT Press. [Consulta *on line*, 6 de julio de 2005]. Direcció URL: <http://www.itofisher.com/mito/mobileemail.pdf>.
- LÓPEZ, Á. (1994): «Ritos sociales y liturgias juveniles de espera». En DÍAZ-SALAZAR, R. Y OTROS (eds.) (1994) *Formas modernas de religión*, Alianza, Madrid, 187-214.
- LÓPEZ BLASCO, A. y A. WALTHER (coord.) (2004): *Revista de estudios de juventud: Políticas de Juventud en Europa. Un contexto de flexibilidad e*

- incertidumbre*, nº 65, junio de 2004, Madrid, INJUVE.
- MATTELART, A. (1998): *La mundialización de la comunicación*, Barcelona, Paidós.
- (2002): *Historia de la sociedad de la información*, Barcelona, Paidós.
- NEGROPONTE, N. (1995): *El mundo digital*, Barcelona, Ediciones B.
- PETRUS ROTGER, A. (2003): «Voluntariado y participación ciudadana», en MONTAGUT, T. (coord.) (2003): *Voluntariado, la lógica de la ciudadanía*, Barcelona, Ariel, 51-80.
- REIG, R. (2001): *El éxtasis cibernético. Comunicación, democracia y neototalitarismo a principios del siglo XIX*, Madrid, Ediciones Libertarias.
- SENNETT, R. (2000): *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- (2006): *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- TERCEIRO, J. B. y G. MATÍAS (2001): *Digitalismo. El nuevo horizonte socio-cultural*, Madrid, Taurus.
- TOURAINÉ, A. (1969): *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel.
- (1999): *¿Cómo salir del liberalismo?*, Barcelona, Paidós.
- WALTHER, A. (2004): «Dilemas de las políticas de transición: discrepancias entre las perspectivas de los jóvenes y las instituciones», en LÓPEZ BLASCO, A. y A. WALTHER (coord.) (2004): *Revista de estudios de juventud: Políticas de juventud en Europa. Un contexto de flexibilidad e incertidumbre*, nº 65, junio de 2004, Madrid, INJUVE, 133-150.
- WILHELM, A. G. (2000): *Democracy in the Digital Age*, Nueva York, Routledge.
- WOLTON, D. (2000): *Sobrevivir a Internet*, Madrid, Acento.